

Psicología y desarrollo humano

Educarnos en la comunicación

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

La palabra: hablada, escrita, leída y escuchada

No hay lugar a dudas: la nuestra es, cada día más, una cultura de la imagen y los sonidos. Esto no quiere decir –y la experiencia lo confirma– que haya decaído la palabra, tanto hablada como escrita. Al contrario: la masa de informaciones a la que tenemos acceso o que acapara nuestro interés, se hace cada día más gigantesca. La producción de medios de comunicación cada vez más sofisticados ha favorecido especialmente no sólo el aumento en la cantidad del material, por así llamarlo, a nuestra disposición, sino también la rapidez con que se le puede conseguir. Internet es el ejemplo más evidente. El panorama acerca de la palabra hablada no es muy disímil. Nunca como ahora ha sido tan fácil comunicarse: con un celular o un correo electrónico se anula prácticamente cualquier distancia o lapso de espera.

Vivimos ya en una aldea global, y como una ola inexorable, tanto lo bueno como lo malo alcanzan a todos los rincones del planeta; quizás lo malo con mayor rapidez y penetración. La doble tentación de satanizar o idealizar estos milagros de la tecnología está siempre al acecho, dado que son obvias tanto las ventajas como los peligros.

En la historia no hay vuelta atrás; sería inútil añorar los tiempos antiguos, a veces ingenuamente idealizados, con la esperanza de que se repitan. No se quiere y no se puede retroceder. Aquí lo que nos importa es resaltar la decadencia de valores que amenaza tanto a la persona como a nuestra sociedad. El reto estriba en nuestra capacidad y creatividad para mantenerlos vivos dentro de las nuevas oportunidades que los avances tecnológicos y nuestra cultura nos ofrecen. Y cuando sea necesario, también criticar, limitar o rechazar el recurso de estos instrumentos. Como todas las realidades humanas, los medios de comunicación son ambivalentes y, por lo tanto, apelan principalmente a nuestra responsabilidad y libertad.

En este artículo y en los de los próximos números de VIDA Y SALUD intentaremos describir algunos rasgos sobresalientes del inmenso campo de la comunicación.

Aumenta la eficiencia, disminuye la capacidad de espera

La computadora, el correo electrónico, el celular o el correo rápido, nos ahorran, en cierto sentido, una enorme cantidad de tiempo, dinero, energías, viajes. Es un tiempo, sin embargo, que nos permitiría quizás experimentar más el gozo de una respuesta esperada y deseada. Nos ofrecería la posibilidad de pensar, en ese caso, en la persona querida, imaginar cómo está y qué hace; recordar cuánto le escribimos y desear haberle contado algo más o algo menos. Un tiempo que nos ayudaría a estar con lo que pensamos y sentimos, a mirar hacia adentro de nosotros mismos y a gustar el sabor de aquello que la vida nos regala.

Sostiene irónicamente Lewis que «la propaganda más verdadera y horrible que se ha hecho de los transportes modernos (y, nosotros podríamos añadir, de todos los medios de comunicación actuales), es que acaban con las distancias. Es cierto. Acaban con unos de los

dones más preciados que hemos recibido. Es una exigencia que desprecia el valor de la distancia, de forma que un chico moderno viaja a cientos de kilómetros con menos sensación de liberación que la que tuvo su abuelo al recorrer sólo quince. Por supuesto, si un hombre odia la distancia y quiere que se acabe con ella, ése es otro asunto. ¿Por qué no se mete en su ataúd de una vez? Ahí hay suficiente poco espacio».

Si el tiempo y la distancia se comprimen, la espera casi se anula. Queda sólo la soledad de cada instante que propone su sentido irremediamente subjetivo y relativo, pero falto de un designio capaz de proporcionarle un sentido global. Sólo lo 'inmediato' es 'real'. Tanto la memoria como el y de la historia.

Somos como arrollados por una cantidad de estímulos, informaciones y sensaciones que pasan sobre nosotros con la misma violencia e infecundidad de los temporales veraniegos. Nos enteramos en tiempo real de cómo están nuestros amigos, normalmente mediante comunicaciones breves y «técnicas», como el chateo, un correo electrónico o una plática por teléfono, porque, no hay que olvidarlo, no tenemos tiempo para explayarnos más.

Cómica y trágicamente, debemos ganar tiempo para llenarlo con más actividades. El acumularse de los compromisos, el frenético correr de un lado a otro, el multiplicarse de las reuniones, el sentirse cada día más dispersos y tensos, son un buen ejemplo de la ventaja de tener más tiempo. La experiencia del *burn out*, literalmente del quemar todas las energías para encontrarse sin fuerzas y ni ganas como pelotas desinfladas, es común a muchas personas.

En nuestra carrera contra el tiempo, queremos tener lo más pronto posible todas las respuestas a nuestras preguntas. La inseguridad y la duda se nos hacen cada vez más insoportables. Hay que tener ahora las informaciones que necesitamos y, si fuera posible, antes que todos los demás, antes de que los hechos acontezcan. Hay que satisfacer ahora nuestras necesidades, no podemos permitir que nuestro entorno, nuestra comunidad o nuestros seres queridos nos hagan esperar, y mucho menos estar con la desagradable frustración de un deseo incumplido.

Para este propósito nos vienen a la mente las palabras del zorro a su amigo, el protagonista de *El principito*, cuando éste llega antes a la cita concertada: «Hubiera sido mejor –dijo el zorro–, que vinieras a la misma hora. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres yo empezaría a ser dichoso. A medida que se acercara la hora, yo me iría sintiendo cada vez más feliz. A las cuatro me sentiría agitado e inquieto, descubriendo así lo que vale la felicidad. Pero si tú vienes a cualquier hora, nunca sabré cuándo preparar mi corazón... Los ritos son necesarios».

En ese sentido, la inmediatez y el atractivo que suscita la imagen contribuyen no poco a esa exasperación de la prisa en querer llenar el ansia de un encuentro esperado o de gratificar un cualquier deseo. En cambio, la palabra es esencialmente sucesiva, por eso Lessing saca la conclusión que la pintura es el arte del espacio, pero la poesía y la palabra son el arte del tiempo. Quienes trabajan en la educación conocen muy bien la dificultad de nuestras generaciones para leer un libro sin imágenes. Aparte del aburrimiento que puede provocar, se constata una creciente resistencia a leer largo rato y a retener el contenido de lo leído.

Atrofia de la capacidad de escucha

La costumbre, o la adicción a quedarse por tiempos considerables frente a un televisor o en Internet, provoca una progresiva atrofia de la capacidad de escucha, de memoria y, por lo tanto, de la comunicación. Las imágenes son cada vez más explícitas y «verídicas». No hay espacio para evocar, todo se tiene que mostrar «tal cual es», porque hoy la verdad se identifica a menudo con lo que se puede ver y sentir. Comerciales, pancartas publicitarias y hasta las más inofensivas películas de clasificación familiar, se caracterizan por un aumento de desinhibición al que, desgraciadamente, nos vamos acostumbrando como a algo común. Hoy, pobres cuerpos desnudos en posturas ridículas, casi siempre de mujeres, son exhibidos al *voyeurismo* de los transeúntes o de los espectadores para atestiguar el alcance de la madurez y del progreso.

Algo parecido puede afirmarse de la violencia. Podemos encontrar un ejemplo en la película “El gladiador”. Según una creciente tendencia maniquea de Hollywood, el mundo está dividido en dos: los malos, para quienes no hay redención, y los buenos, que no poseen defectos. En este contraste de fuerzas que no tiene solución, se nos propicia una carnicería en toda regla bajo el pretexto de un marco histórico distorsionado y francamente discutible. Taparse los ojos frente a tanta crudeza, disfrazada de «realismo», puede ser considerado infantil. Nacer, amar, morir, los actos más sagrados e íntimos de la existencia humana, se ostentan en la vía pública.

Se quieren sensaciones rápidas y de efecto inmediato. El lento proceder del pensamiento y de la palabra termina por sucumbir ante la inmediatez del sentir. Pero, por ser la sensación espontánea y no fruto de la voluntad, no logra por sí misma asegurar su repetitividad, como tampoco la profundidad y la perseverancia en ninguna actividad o relación.